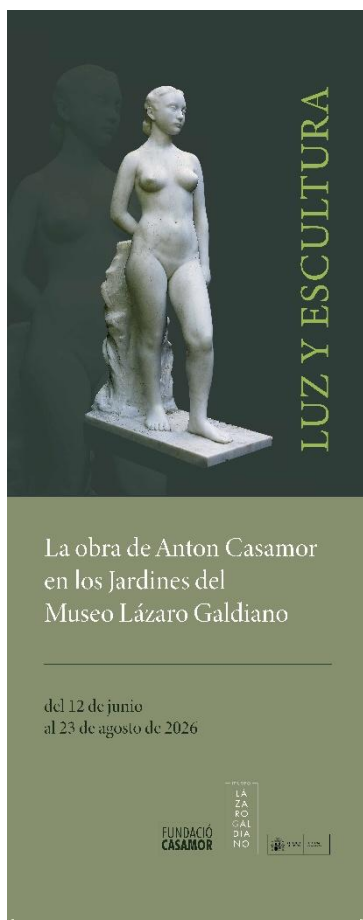


Desde el 12 de junio hasta el 23 de agosto, en una muestra al aire libre

Convertir la simplicidad en expresión poética. La serenidad de las esculturas de Antón Casamor, en los Jardines del Museo Lázaro Galdiano



- “Antón Casamor: luz y escultura” es una exposición de escultura en Parque Florido donde el arte se enfrenta directamente a la naturaleza y a la luz cambiante del día, generando un diálogo dinámico entre textura, sombras y entorno
- Una muestra llena de lecturas de la Fundació Casamor que vuelve al origen del artista: un retorno al canon clásico evocado por el novocentismo como modelo de eternidad y mesura, asociado a la luz, el volumen y el equilibrio del mediterraneismo, puntal de la obra de Casamor
- [Descarga aquí la nota de prensa y accede a la galería de imágenes](#)

Desde el 12 de junio hasta el 23 de agosto, el Museo Lázaro Galdiano y la Fundació Casamor proponen una nueva lectura de la obra de Antón Casamor (Barcelona, 1907-Cervià de Ter, 1979), una de las figuras fundamentales de la escultura catalana del siglo XX, para crear una experiencia en la que el arte se enfrenta directamente a la naturaleza y a la luz cambiante del día, generando un diálogo dinámico entre textura, sombras y entorno.

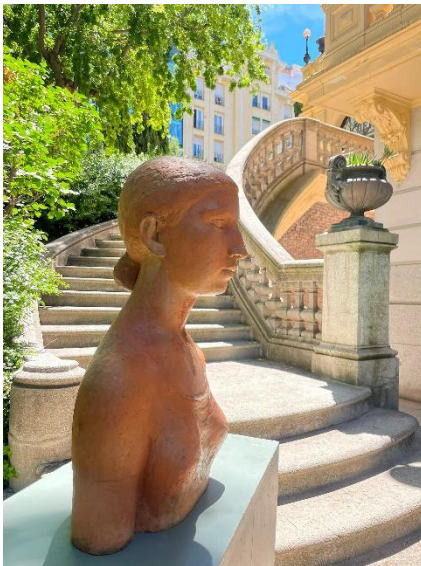
Con un estilo cercano al *noucentisme* inmerso en la tradición mediterránea, y un lenguaje escultórico que destaca por la sobriedad, la precisión y la pureza formal con la que el artista aborda la figura femenina, “Antón Casamor: luz y escultura” aprovecha el paisaje del Jardín de Parque Florido para situar 13 piezas de yeso patinado, terracota, piedra, bronce y mármol en un terreno poco habitual pero especialmente revelador. Como indica el título de la muestra, es la “luz en transformación” la que permite “observar la tensión entre la solidez del material de las obras y la inestabilidad de su entorno”, según afirma la comisaria, Marta Carreté. “En los Jardines del Museo las esculturas de Casamor dejan de ser solo ‘formas equilibradas’ para convertirse en preguntas abiertas sobre la relación entre cuerpo, materia y entorno”, explica.

La exposición vuelve al origen de Casamor, ubicando desnudos femeninos llenos de serenidad, como aquellos de Casanovas y Eusebi Clarà, sin olvidar a Arístide Maillol, entre los árboles y plantas de Parque Florido. Casi “como en la pintura de Joaquim Sunyer que, a medio camino entre Cézanne y los primitivos italianos, situaba el desnudo en medio de un

paisaje de pinos junto al mar y estructuraba la composición con perfecta claridad, huyendo de la nubosidad de impresionistas y modernistas”, que expresaba la historiadora Maria Lluïsa Borrás al hablar del artista en 2008. Un **retorno al canon clásico** -evocado por el novocentismo y la reacción contra el gusto imperante, contra el medievalismo, el romanticismo y el modernismo- como **modelo de eternidad, orden y mesura**, asociado a la **luz**, el **volumen**, la **corporeidad**, el **equilibrio** del mediterraneanismo, que constituye el **puntal de la obra de Casamor**.

La escultura del reposo de Antón Casamor

En este sentido, la propuesta no solo "expone" a **Casamor**, como narra Carreté, sino que **lo pone a prueba**. Porque lo que en interiores puede leerse como equilibrio clásico, insertado en un marco natural e histórico, como el Jardín del museo, “se revela también como **búsqueda frágil de estabilidad**, abandonando la idea de escultura como pieza autónoma u objeto fijado en el tiempo para ver cómo **cada obra se convierte en una presencia cambiante con diferentes lecturas**, como **formas que se completan en la experiencia de ser vistas**”. Algo que enlaza con los principios del artista: “La pintura es sublime, pero en el fondo no deja de ser un engaño, no es tridimensional. **En la escultura**, en cambio, **no hay engaño**, es el resultado de un sinfín de dibujos, tantos como **puntos de vista** puede haber, tantos como luces diferentes puedan iluminarla, tantos como intensidades y traspasos puedan producirse sobre ella”, expresaba en *Un siglo de escultura catalana* (1974).



“Antón Casamor: luz y escultura” representa en los Jardines del Museo el **mediterraneanismo**, la sutileza del movimiento desde la serenidad y la luz, **la escultura del reposo**, con piezas de diferentes tamaños que parecen estar relajadas admirando la naturaleza, a la vez que invitan a los visitantes a hacer lo mismo en la contemplación de las piezas. Destacan obras como *Tamariu. El paso*, realizada en mármol yugoslavo, uno de los más blancos del mundo, sin veta y de una textura lisa y elegante que transmite una serenidad cautivadora, enmarcándose en el corpus de un autor poliédrico que estudiaba los materiales y era capaz de atravesarlos con su sensibilidad. Además, en la exposición, entrelazadas con las piezas de la Colección escultórica de José Lázaro, se pueden ver *La chica del olivo*, *Chica del botijo*; *Torso femenino. Desnudo mano sobre*

mano, en terracota; y piezas en bronce que marcan una etapa en la obra del artista caracterizada por la concepción más plácida y objetiva del arte, como *Chica en la ventana* y *Plenitud*. Esta última “se expone a la luz como si quisiera aprovecharse para reflejarse mejor, con un bronce que parece convertirse en carne viva”, como expresaba la crítica en la exposición en Figueras (1989) que conmemoraba el aniversario de la muerte de Casamor.

Pasión por el coleccionismo



Formado en Figueres y Barcelona con **Juan Núñez y Josep Dunyach**, de quien hizo de ayudante para Exposición Internacional de 1929, Antón Casamor, que estudió dibujo con **Salvador Dalí** y se convirtió más tarde en su amigo, estuvo vinculado desde joven a la tradición escultórica catalana y enriqueció su mirada con las influencias clásicas mediterráneas, especialmente a raíz de sus estancias en Italia y París.

Reconocido por su compromiso con la forma y el equilibrio del cuerpo humano, la producción de **Casamor**, eminentemente escultórica, se caracteriza por la búsqueda de serenidad, proporción y una presencia material de una figura humana idealizada que evoca solidez y quietud. **“No son las formas lo que debemos imitar y hacer revivir, sino el espíritu contenido en ellas:** la serenidad, la alegría, la luz, el color, el sentido afinado de proporción, la plasticidad y la pureza librada de todo realismo”, aseguraba el propio artista. Muchas veces ese modelo era su propia esposa, Purificación Cáceres, o personajes de su entorno mientras vivió en la casa pairal de Navata, en l’Alt Empordà (Gerona), hoy convertida en Fundació Casamor gracias a la labor de su sobrino, Carlos Casamor.

Proveniente de una estirpe vinculada al arte y la cultura, su bagaje cultural y popular marcó profundamente su vida y obra. En 1930, con la muerte de su padre, heredó el patrimonio familiar, lo que le permitió dedicarse a la escultura. Después de la Guerra Civil, Casamor regresó a Navata, encontrando su casa devastada. Al tener que rehacerla, buscó todo tipo de muebles y objetos, lo que despertó su interés por el coleccionismo, una pasión y casi obsesión que perduró hasta el resto de su vida. Reunió más de 400 piezas (pintura flamenca, italiana y española, tallas de madera románicas, góticas y barrocas y esculturas de piedra, mármol y alabastro) y compró una casa en Santa Maria de Raset con el objetivo de convertirla en un museo para albergar su obra y su colección de arte, pero se fue encontrando con obstáculos y falta de apoyo de las instituciones.

Enamorado de su profesión y del arte de su tiempo

Enamorado de su profesión y del arte de su tiempo, tras la Guerra Civil, Casamor vivió su momento de máximo esplendor artístico. En 1940 expuso con gran éxito en las Galerías Syra y su obra fue reconocida en exposiciones nacionales e internacionales, incluidas la Bienal de Berlín y Venecia. En 1960, recibió el encargo de realizar las esculturas de Sant Josep y Sant Jaume para la fachada de la catedral de Girona, un proyecto que supuso un gran reto artístico, puesto que debía conectar su estilo contemporáneo con el barroco existente de la catedral, que culminó con éxito.



Su obra da testimonio de su vida y de una pasión que supo combinar con el dibujo y la pintura. "No creo en el escultor que no sepa dibujar...", apuntaba. Las pinturas, de colores suaves y perfiles definidos, se reparten fundamentalmente entre el paisaje y el retrato. Se diría que pintó la mayoría de los paisajes claramente naturalistas desde el balcón o ventana del taller de Navata. Han sido preservados gran cantidad de dibujos a lápiz, la mayoría desnudos que le servían para abordar, después, sus esculturas. Una escultura que, como expresaba, "es uno de los principales exponentes de la

cultura de un pueblo, ligado a la sinceridad, a sentirse más artesano que genio, ligado a un esfuerzo consciente, a una férrea autodisciplina, a un constante afán de superación y a un gran respeto por la obra de Dios".

La muestra en los Jardines del Museo Lázaro Galdiano es un pequeño testimonio de ello, una forma de enseñar no solo a mirar, sino a ver, principalmente el cuerpo humano", como él mismo expresaba.

